

Tres filósofos escriben durante y sobre la pandemia

Miguel Kottow¹

AGAMBEN, G. (2021) WHERE ARE WE NOW? LONDON: ERIS

Desde Febrero 2020 y durante un año, el filósofo italiano Giorgio Agamben escribió numerosos comentarios periodísticos y dio entrevistas sobre la reacción excesiva ante una “gripe normal”, como denomina la pandemia al mismo tiempo que J. Bolsonaro habla de la “gripezinha” y D. Trump entra en un negacionismo errático de la pandemia. El libro, introducido por un prólogo escrito “a un año de la así llamada pandemia”, compila 14 capítulos seleccionados de entre una cantidad de textos que fueron rechazados: “la mayoría de los periódicos importantes de Italia se niegan a publicar mis opiniones”, reconoce Agamben, incluyendo el 4º capítulo, comisionado y luego rechazado por el *Corriere della Sera*.

El título del capítulo 1º anticipa la tónica del texto: “La invención de una epidemia”, expresa la profunda irritación del filósofo ante una reacción desmedida que mandata la distancia social, la limitación de movilidad y períodos de cuarentena. El “distanciamiento social” es un eufemismo para “cuarentena”, Agamben cree que mantenerlo se hace inviable “humana y políticamente”.

La comunicación interpersonal queda impedida por la falta de acercamiento y por la mascarilla que esconde el rostro, ocultando la apertura inicial de la comunicabilidad pura que hace del rostro el sitio, el escenario, de la política. El vilipendiado barbijo, más que mero tapaboca, es la occisión del *homo politicus*. Donde Levinas ve el encuentro de rostros iniciando la ética, Agamben lo anida en la política: “el rostro es la verdadera ciudad de los hombres” A rostro tapado, la comunicación se vuelve mecánica, desapasionada, digital.

Recordando a Elías Canetti, Agamben lamenta que la fustigación del miedo y la exigencia de distanciamiento produce una masa “pasiva y compacta”, entregada al colapso de principios éticos y políticos, cruzando el umbral “entre humanidad y barbarie.” Un excurso a Heidegger sirve para recordarnos que el miedo es parte del estar en el mundo y que, si la contingencia lo requiere, sabremos manejar el miedo sin la interferencia del poder que transforma “una emergencia en un estado permanente, reescribe las reglas que garantizan nuestra libertad y determinan lo que podemos y lo que no podemos hacer”.

De los tres sistemas de creencias de la modernidad, Cristianismo, capitalismo y ciencia, esta última es hegemónica mediante el protagonismo de la medicina, cuyo “objetivo es el cuerpo humano viviente” operando maniqueamente entre el mal –enfermedad– y el bien que no es la salud sino la recuperación. La fe terapéutica se sostiene en varios elementos, comenzando por un dualismo enfermedad/recuperación a cargo de una medicina que no siempre es terapéuticamente eficaz.

La biopolítica degrada al ciudadano a un ser apolítico, pasivo, “sujeto a un creciente y ubicuo control”, asemejándolo al refugiado, envuelto en un estado de excepción que destruye los derechos civiles y suspende la garantías constitucionales. El problema no es la así llamada epidemia, el virus más bien gatilla la “abolición del espacio público”, el alejamiento del “paradigma de la democracia burguesa”.

Generar alarma, exagerando los daños con estadísticas trucadas, desencadenando una gobernanza que reemplaza el derecho a salud por la obligación de “estar sano (‘bioseguridad’) produce desde arriba un cercenamiento de libertades y, vuelve a insistir, un distanciamiento social que es reemplazado por la conexión digital, la cara cubierta y la prohibición de reuniones políticas o de simple camaradería. La participación cívica consiste, paradójicamente, en el término de toda relación social y actividad política, en la conservación de la nuda vida.

Bajo la influencia de la biopolítica, el ciudadano se vacía de todo contenido político, la ciudadanía convirtiéndose en una “condición pasiva, sujeta a un creciente y ubicuo control”. Reducido a su mera existencia

¹ Editor Cuadernos Médico Sociales

biológica, el ciudadano se asemeja a la figura del refugiado, a tal punto que el conflicto entre ellos se convierte en una guerra civil. La globalización resta fuerza al Estado-nación, pero que le es devuelta por la pandemia en tanto las medidas de salud pública solo pueden ser ejercidas dentro del marco de la nación sobre la “población biopolítica”.

¿Quién maneja mejor la crisis sanitaria, un régimen democrático o uno autoritario? Difícil respuesta, pues “la democracia se desliza hacia el despotismo, el totalitarismo se disfraza de democracia.” Agamben insiste que el estado de excepción consistente en la suspensión de garantías constitucionales ya existe de hecho antes de la pandemia, siendo robustecido por esta. La pandemia deja en claro que no volveremos al mundo previo, pues los gobiernos buscan reinstalar un mundo más injusto e inhumano en que salud reemplaza salvación y bioseguridad reemplaza la vida eterna.

“Buscamos” ¿nosotros? “aquí y ahora, entre las ruinas que nos rodean, una forma más modesta y simple de vivir”. Mientras tanto, escasean las partes electrónicas para cubrir la acelerada demanda por automóviles, computadores y soluciones algorítmicas en medicina, la industria, la gobernabilidad y las comunicaciones digitales.

Los filósofos se presentan pero son vilipendiados. Son “quienes hablan la verdad y jamás dejarán de hacerlo, pues nadie puede ser testigo del testigo”. El filósofo se presenta como portavoz –de nosotros– y como portador de la “verdad”, finaliza Agamben: “Hoy debemos preguntarnos seriamente acaso algunas de las palabras que seguimos utilizando –tales como democracia, poder legislativo, elecciones, constitución– hayan de hecho y hace mucho tiempo perdido su significación original.”

El equivalente pictórico de Agamben es Francisco de Goya con sus aguafuertes ilustrando los “Desastres de la guerra”. El destemplado, descontextualizado, iterativo y en partes contradictorio conjunto de textos no fue bien recibido; su estilo agresivo es retornado con agresividad: “Cada breve ensayo es más absurdo y virulento que el precedente”, escribe el filósofo norteamericano Benjamin Bratton, dejando desatendido que el pensamiento de Agamben contiene reflexiones muy importantes sobre la prevalencia de estados de excepción, la primacía de la medicina biologista dictando biopolíticas, el estrechamiento de las libertades ciudadanas y la subrepticia prevalencia de los estados de excepción. Mas es igualmente cierto que Giorgio Agamben podría haber sido más cauto y convincente si en vez de precipitarse a compilar sus artículos hubiese recopilado sus ideas

en un texto unitario, con un mínimo de perspectiva observacional de la “así llamada pandemia”. Su propuesta final de emprender una desaceleración de la Lebenswelt contemporánea es un sueño contrafáctico. Sin desmedrar en nada la colosal estatura del filósofo italiano, este texto es del todo dispensable; en cambio, motivó su inclusión, junto a Zizek y a Han, entre “Los falsos profetas de la pospandemia” (Waisbord y De Marziani).

NANCY, J.-L. (2020) UN VIRUS DEMASIADO HUMANO. ADROGUÉ: EDICIONES LA CEBRA

Elegante ha sido una breve respuesta de Jean-Luc Nancy (Antinomie.it), anticipatoria del libro aquí reseñado, señalando que su “viejo amigo” Giorgio Agamben se equivoca: no es una gripe normal sino una pandemia con alta mortalidad que no estimula a los gobiernos para gatillar un estado de excepción, porque la situación es, en sí misma, excepcional. Recuerda Nancy que treinta años atrás se le recomendó un trasplante de corazón, siendo “Giorgio una de las pocas personas que me aconsejó no escuchar” a los médicos; de haberse negado al trasplante, habría muerto “tarde o temprano”. “Uno puede equivocarse. Giorgio sigue siendo un espíritu de finura y bondad que puede ser llamado – sin ironía – excepcional.” Concuerdancia Nancy que toda una civilización está “puesta en duda”, y que imputarle fracasos a los gobiernos, mas “desquitarse con ellos es más una maniobra de distracción que una reflexión política”. Dicho aquello, Nancy se abocó a escribir el libro que apareció poco antes de su reciente fallecimiento.

Reconoce el filósofo que “es difícil habar cuando la palabra deja ver su pobreza...”, pero marca esta desazón con un llamado a la acción: “Seamos niños. Recreemos un lenguaje. Tengamos esa valentía”. Apela a la capacidad de la humanidad de hablar y pensar más allá de la información y el cálculo, aunque hacia el final del texto reconoce que “nuestra navegación a través del océano viral [T]ambién se ha convertido en un océano de discursos, la logorrea que acompaña a todas las epidemias no dejó de arrastrarnos”.

El virus nos comuniza (comunovirus) como amenaza común, pero nos aísla temporalmente en espera de una “providencia estatal” como eficazmente función en China. El virus es una lupa que hace más visible, y subraya, el deplorable estado del mundo actual. “El virus es nuevo, pero ninguna otra cosa es novedosa en esta crisis...No obstante, algo es nuevo, que es el miedo”.

Contrariamente a lo sostenido por la filosofía, el ser humano no se instala en el mundo con la libertad de la autodeterminación. Su destino es vagar, dice Nancy recordando la “destinerrancia” de Derrida, impulsado hacia la producción, idealmente en forma de trabajo libre –Marx–, pero en la realidad impelido por posesión, dominación y búsqueda de satisfacción: “ahora sabemos cuánta libertad perdemos al actuar en las destrucciones y transformaciones profundas de las condiciones de vida en el planeta”: destrucción del entorno natural y profundización de la desigualdad social.

La pandemia es una crisis menor dentro de las múltiples crisis desencadenadas por una sociedad productivista cuya “finalidad es ella misma y su propio poder”. La libertad no es simple autonomía, sino “inscripción en su existencia” que es muy coartada y lo será más aún. La libertad de autodeterminación sin otros límites que los voluntariamente aceptados, ha producido una sociedad basada en la propiedad que lleva a desigualdades que limitan la libertad hasta en lo más elemental que es procurarse la subsistencia en un mercado que carece de toda sensibilidad social para resguardar libertades mínimas.

Es “irrisorio” reclamar en la pandemia la limitación de libertad ya muy cercenada, para la mayoría ya abolida, por una sociedad de producción y consumo regulados por el mercado. No tomar medidas sanitarias de protección sería una respuesta neoliberal, habría significado más infectados y más muertos. Los confiados en “una sabia disposición natural [que] permite liquidar a los virus liquidando a los inútiles y desdichados viejos” son, dice Nancy, “neovirialistas”.

El texto termina con 5 puntualizaciones: 1. Experiencia de la incertidumbre de lo nuevo; 2. la autosuficiencia mellada; 3. biocultura que no se agota con la bioseguridad frente al virus, menos aún si seguimos “arrastrados en la espiral de la producción y el consumo” para redefinir el “bien vivir”; “*Bios, polis*, vida y ciudad” se han vuelto significantes opacos y “ningún algoritmo nos producirá otros sentidos nuevos”; 4. igualdad con grados de libertad, la “igual libertad” de Balibar, sin que sepamos en qué consiste esta igualdad; 5. Si nuestra razón no puede encontrarse sino en la sinrazón de un más-que-vivir vivir...¿Podemos hacer del “sin porqué” una medida de civilización? una encontrando la razón de vivir en la sinrazón de un más que vivir”.

Desazón profunda, pero finalmente un poro abierto a una suerte de vitalismo, al conatus spinoziano.

SANTOS B. DE SOUSA (2021). EL FUTURO COMIENZA AHORA. MADRID: EDICIONES AKAL

Parafraseando a E. Galeano, Santos sostiene que el virus abrió las venas del mundo pero, como nunca se cerraron, podría ser más propio decir que el virus las hizo sangrar nuevamente. El destructivo virus clausura la era comenzada en el siglo 16., inaugurando los aún vacilantes tiempos en que reconocemos nuestro ambicioso y fracasado dominio sobre la naturaleza, pues ella nos aniquilará a menos que modifiquemos “tres pesadas anclas...: la fuerza del trabajo y la vida misma como mercancía, el racismo y el sexismo”. Es preciso combatir el “presentismo” convencido que el estado actual del mundo es definitivo, irreversible, carente de alternativas y empeñado en amagar el historicismo y el futurismo.

Se desencadenan fuerzas todopoderosas y feroces, los tres unicornios: capitalismo, colonialismo y patriarcado. Estos tres poderes nos llevan a “la desigualdad social extrema y la destrucción de la vida en el planeta con la inminente catástrofe ecológica. Los intelectuales se manifiestan desde la vanguardia, su lugar debiendo ser la retaguardia, donde deben estar “atentos a las necesidades y aspiraciones de los cuidados y teorizar a partir de ellos”.

La entreverada historia de epidemias y economía capitalista y colonialidad remata en el estado actual de un capitalismo hegemónico profundizando brechas entre dominantes y dominados, que se dimensiona como un abismo que Santos denomina capitalismo abismal reconfigurando el colonialismo y el patriarcado para ponerlos a su servicio: Primer Mundo hegemónico, Segundo Mundo subalterno y silenciado y Tercer Mundo inferior, reconociendo también los bolsillos de pobreza al interior de las sociedades privilegiadas –por Peter Hotez caracterizadas como *Blue Marble Health*–. La actual pandemia exacerba aún más el abismo entre privilegiados y desposeídos, merced a las enormes ganancias cosechadas por empresas de venta y distribución –*delivery* de Amazon, Walmart, la industria farmacéutica y otras empresas gigantescas–.

Se agrava la “fractura entre la economía de la salud y la salud pública”, los Estados ya empobrecidos deben asumir deudas para enfrentar los gastos y subsidios durante la pandemia, deudas que son otorgadas con el compromiso de un Estado austero que continuará reduciendo las ya magras ayudas sociales a los desposeídos.

El capitalismo corsario, con patente de corso

emitida por el Estado, autoriza el pillaje de los bienes de otros Estados: mascarillas retenidas, desvío de respiradores a destinos no programados, recolección de muestras biológicas para ser procesadas en beneficio del país recolector y desmedro del huésped en violación del Protocolo de Nagoya (2014).

La estrategia de guerra que considera al virus como enemigo, tiene dos consecuencias: “Centra la acción contra la pandemia exclusivamente en el Estado” y, segundo, tiene por efecto que una vez ganada la guerra, todo volverá a la “normalidad”, el *status quo* previo. Por otro lado, lo proteiforme de las causas y la necesidad de mitigar las “asimetrías sociales” requiere “reconfigurar el Estado”.

Imagina Santos tres posibles escenarios post-pandemia:

- Todo como antes y empeoramiento del capitalismo abismal.
- “Piel capitalista, máscara socialista”: el nuevo Keynesianismo: reformas sociales e intentos de redistribución pero sin alterar la triada de capitalismo, neocolonialismo e imperialismo –paternalismo–.
- “Barbarie o civilización”: alternativas al capitalismo, al colonialismo y al patriarcado, basadas en las epistemias del Sur. Esta alternativa propone “formular las luchas sociales en términos y horizontes poscapitalistas, poscolonialistas y pospatriarcales”.

Santos no cree en las revoluciones y rechaza la vía violenta, prefiriendo la “acción con *clinamen*” (*clinamen* = desvío o perturbación de relación causa=efecto) con efecto acumulativo para promover cambios radicales.

Por su naturaleza regional, las epistemologías del Sur proponen una diversidad de alternativas, ninguna de ellas dominante ni excluyente, sustentadas en una “nueva declaración de derechos y deberes” de la cual es de esperar mayor consistencia que la actual Declaración Universal de Derechos Humanos (DUDH), pues será antihegemónica, antieurocéntrica y libre de sometimientos. Los derechos humanos eurocéntricos quedan arruinados pero convertidos en una ruina-semilla dando origen a una nueva declaración cosmopolita, insurgente, impulsada por la esperanza de unos pocos enfrentando una generalizada infestación de miedo y desesperanza.

Reconociendo su construcción como una utopía, piensa Santos que ha llegado “el horario de las utopías realistas” y afirma que “cualquier idea

innovadora es siempre utópica antes de convertirse en realidad”. “La pandemia de Coronavirus ‘demostró’ que el actual modelo civilizatorio... parece haber llegado a un estado de agotamiento irreversible”. “La lucha contra la pandemia de la covid-19”, estimulada por la acelerada digitalización, “hizo que la palabra hablada recuperase su importancia”. Pero hacia el final del texto, aparece una nota de desaliento: “...la conversión de las vacunas en el negocio del siglo y en lucha política solo se agravó aún más de lo esperado”.

Tres visiones filosóficas desencadenadas por y en medio de una pandemia, teniendo en común la caducidad de lenguaje ideas y valores injustificables por metafísica alguna. La ira de Agamben por las políticas públicas que despliegan la explosiva alquimia de un mundo que rueda precipicio abajo, acelerado por un mero virus, dejándonos sin otra alternativa que llevarnos a la austeridad, a la frugalidad, a la vida modesta y “buena”. La resignada sugerencia de llevar una vida sin porqué, sin razón, porque todos los sentidos son falsos y solicitan sacrificios jamás redimibles, vivir con humildad en un mundo grotescamente exacerbado, tal vez la última solicitud de paz de Nancy ¿sospechando que el “intruso” corazón trasplantado llegaba al límite de la lealtad por treinta años sustentada? O mantener el combativo estandarte con que Santos espera llegado el *kairós* del reconocimiento y validación de la epistemias del Sur que nos guíen a un mundo descolonizado y repleto de valores primigenios opacados por los estragos del capitalismo abismal?

“El virus se expande a la velocidad de la globalización”. Se siente cómodo en nuestra contemporaneidad, su eliminación requiere un cambio de nuestro estilo de vida, una narrativa que es vista por unos como esperanza, por otros como miedo apocalíptico. Pero las señales de la incipiente post-pandemia apuntan a un *status quo* exacerbado.

No hay aquí un lenguaje recreado, el miedo nos infiltra y corroe, la modernidad lo cultiva. En vez de seguir manoseando la hollada idea de vulnerabilidad, la fenomenología del ciudadano medio indica que incertidumbres, inseguridades y desconfianzas han extendido el concepto laboral de precariedad a uno de precariedad existencial. Lo que más debiera aterrarnos es el retorno a la normalidad prepandemia.

En el comienzo del poema Patmos de Hölderlin, aparece la tan citada frase “Wo aber Gefahr ist, wächst das Rettende auch” –donde hay peligro, crece también lo que nos salva–.